

MADRIGALES

I

Tus bellos ojos, María,
no admiten ningún reproche;
pues ellos son un derroche
de ensueño, gracia y poesía.
Tienen las luces del día
y el misterio de la noche.

II

En este verso florido
te mando un beso, ave loca
que de mis labios ha huido
y anda buscando tu boca
para en ella hacer su nido.

III

Figurita de *biscuit*
es tu cuerpo delicado,
pequeñito, para que
quepa todo en un abrazo.

IV

Que el sol toma la lumbre de tus ojos
es la pura verdad, no son antojos.
Pongo a la oscura noche por testigo;
prueba y verás si es cierto lo que digo.
Asómate un instante a la ventana
y oirás al punto en tan tranquila hora
cómo la alondra su canción desgrana
creyendo que la aurora
disipa de la noche el negro velo
y baña en luz la inmensidad del cielo.

MANUEL MONTERREY

EL ENCUENTRO

por Augusto OLIVER MARCOS

RICARDO Sandoval—doctor en medicina y cirugía—era extremeño y cada vez que pasaba por la calle de la Cruz, para llegar a Sol o a la Carrera de San Jerónimo tenía la certeza de encontrarse con un paisano. Casualidad o no esto era evidente. Quizá fuese un caso de risa, tal vez una superstición pero él llevaba viviendo en Madrid, quince años: siete durante sus estudios, en la Universidad y los restantes en el ejercicio de su profesión. En quince años había cruzado muchas veces por esta calle, a todas las horas del día y de la noche y siempre había encontrado a alguien de su tierra. Por esto le invadía al entrar en la calle de la Cruz una curiosidad morbosa, acuciante... un deseo incontentido de averiguar con antelación el nombre del extremeño de turno. No lo conseguía, claro está, pero siempre encontraba a un paisano. Muchas veces sólo los conocía de vista, otras veces, era un vago recuerdo, pero él tenía artes para comenzar una conversación y darse a conocer. Después, todo resultaba fácil; hablaban de la tierra; se contaban sus cosas y quedaban amigos.

Una tarde que cruzaba la plaza de Benavente para bajar por Carretas el amor regional le impulsó a hacerlo por la calle de la Cruz y aquella vez se encontró con Emilio García.

Le reconoció en seguida, estaba muy grueso y su frente más despejada por una calvicie incipiente, pero el mismo andar de oso perezoso, los mismos ojos inquisidores y el rictus amargo de su boca. Tres lustros sin saber el uno del otro. Los recuerdos acudían deshilvanados, en tropel. Las francachelas de adolescentes, sus iniciales aventurillas amorosas, los primeros problemas de la vida los había conocido con Emilio porque Emilio había sido el amigo íntimo para quien no se tienen secretos, y al que se le distingue y aprecia tanto como al hermano. Recordaba que al terminar el bachillerato Emilio había marchado a Salamanca a estudiar Derecho y él a Madrid a cursar Medicina... se habían escrito un par de cartas y después nada. Quince años y de improviso y como caído de Dios sabe donde, aparece frente a él, en la mágica y sorprendente calle de la Cruz.

Le llamó por su nombre y se acercó a él. Se saludaron con alborozo, sin fingimientos, con la alegría jubilosa de la vieja amistad. Tumultuosamente se sucedían sus preguntas y respuestas y con más o menos ilusión se contaron sus vidas en el largo interregno de quince años.